

φάρωλ

REVISTA ALGO CHIDA



YO DUERMO SIEMPRE

Revista Chida Farol

Yo duermo siempre, marzo 2017

Medios de contacto:

farol@cachi.to

facebook.com/farolrevista

<http://farol.cachi.to>

Esta revista puede ser gratis o puede costar poquito. De cualquier forma no hay consumo ético en el capitalismo.

Los textos incluidos en esta obra son publicados bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No comercial 4.0 Internacional.

Índice

Lectorial: A pesar del desierto o Los ojos de agua	5
Entre líneas Adrieste Galgon	7
Nada es lo que parece Anaí Cano	11
La otra oreja Andy Romo	21
Golpe bajo Janette Eunice Pérez Villarreal	25
La noche FATE	29
El guerrero innato Juan Manuel Noriega	35
Vota con tu cartera: La feria del libro del TEC ensimismada Ricardo García	39
No seas mi amigo Carlos Cortés	41

A single tear	43
Enrique de Jesús Bárcenas Lozano	
(Sin título)	45
Enrique de Jesús Bárcenas Lozano	
La hormiguita y el ratón	47
Leticia Oyervides Rodríguez	
Sección de haikús	49
Varios autores	

Lectorial:

A pesar del desierto o Los ojos de agua

Todos conocemos la caracterización del bárbaro norte atribuida al ex secretario de educación y notorio nazi mexicano, José Vasconcelos: “Donde termina el guiso y empieza a comerse la carne asada, comienza la barbarie”. Pero la idea del norte como **desierto cultural** no sólo le sirvió a los intereses centralistas que dominaron este campo durante gran parte del siglo XX. Una y otra vez, los movimientos culturales regionalistas, los grupos artísticos y los artistas de forma individual utilizaron y utilizan la idea del desierto cultural para reconocerse y delimitar sus dominios¹: el antes y el después de La Cultura; obviamente ellos son el después, el nuevo amanecer. Consciente o inconscientemente, pero con declaraciones y acciones voluntarias concretas, refuerzan el mito de que de hecho sí existió un desierto, pero ya no más porque ya están ellos aquí para remover todo. ¿Acaso ésa no era la intención de Vasconcelos o de Montemayor?

En este nuevo número de la revista reconocemos nuestro error cometido como organismo editorial, una verdad universal para la cual no hay excusa: el editor no lee, su trabajo es no leer². La verdad es que los diversos asentamientos de Aridoamérica, por llamarle de alguna forma, fueron elegidos por su abundancia de recursos: minerales, tierra, agua y naturales para esclavizar. Así, hasta los editores más pequeños como nosotros recibimos decenas de manuscritos, testamentos culturales valiosísimos, y nos dedicamos a seleccionar de una forma muy característica del gremio: juzgando por nuestro propio gusto y negando la

existencia de los textos que no lo satisficiesen. Seguidamente, nos dedicamos a culpar a las audiencias por no producir materiales de calidad para nuestra empresa.

Recordemos el lugar cada vez más común en el que un emprendimiento cultural peligra económicamente y, en automático, los defensores de la Cultura culpan al pueblo por no saber consumir bien³ o por observar y expresar opiniones sin las licencias o privilegios necesarios⁴. Este vicio es particularmente común en los proyectos artísticos independientes de los diferentes medios. En todos los casos los mueve el interés por ser el único agente autorizado para ver y comentar las obras⁵.

A continuación publicamos los textos que hemos recibido, ya sin filtros arbitrarios, pues no somos más una editorial cuyo propósito es el cuidado o protección de obras de los daños del contexto. Nos declaramos abiertamente como **una lectorial de libros y demás**, admitiendo que no hay nadie mejor para juzgar una obra que cada uno de los lectores; pues no somos lectores si no leemos, mientras que, para ser editor, el requisito es no leer ciertas cosas y dirigir la atención de los lectores a otro lado.

Atte. Farol

1. Por ejemplo, *Voces del cabrito: a la búsqueda de una nueva novela* de Sergio López León: goo.gl/McwSnk
2. Refiero a una escena de *Airheads* (1994), película en la que una banda de rock alternativo secuestra una estación de radio y exige como demanda que reproduzcan su demo al aire. En esta escena, el director de la estación escondía en su oficina cientos de cintas de nuevos talentos que nunca transmitió al aire y ni siquiera escuchó, pues estaba convencido de que el rock simplemente había pasado de moda porque el rating de su estación no era tan alto como esperaba.
3. Ver *¿Es cultura ir a una feria del libro?* de Luis Valdez: goo.gl/yClaZR
4. Lamentable ejemplo: *Yo no te pongo casa, Helenita* de Joaquín Hurtado: goo.gl/R088Xk
5. Recomiendo ver la película *Indie Game: Life After* (2016), que narra las historias de varios desarrolladores de videojuegos independientes. El diseñador de *Super Meat Boy*, Edmund McMillen, nos explica su cambio de actitud ante los comentarios de los fans antes y después de volverse un desarrollador exitoso. El diseñador aprendió por las malas que replicar furiosamente los malos comentarios sobre su juego en Internet, con la intención de censurar o desacreditar sus opiniones, sólo lo llevaban a desvalorarse a sí mismo y a su trabajo. McMillen llegó a la conclusión de que no escuchar ni responder es el privilegio del éxito.

Entre líneas

Adrieste Galgon

4 de abril

Querido Tavo:

Qué gusto saber de ti después de tanto. Disculpa, pues, que apenas responda ahora, pero me había sido imposible hacerlo antes, tenía cosas que hacer.

Ciertamente fue una sorpresa leer las nuevas. No voy a decir que no sospechaba ya de tus inclinaciones, pues te conozco mejor que un espejo, pero voy a reconocer que no esperaba que tu amor se viera dado precisamente en esa dirección. No voy a criticarte, pero conoces las políticas de este sitio, eso lo hace cómodo.

Y ya que hablamos de romances, déjame contarte la última: la Chori se ha echado novio. Sí, sé lo sorprendido que has de estar tras leer eso. En serio, yo me quedé igual. Y es que, ¿quién podría estar tan urgido como para hacerle caso? Te responderé diciendo que cuando conocí al infortunado, apenas y podía recitar en orden las primeras tres vocales. Ya decía yo que era imposible encontrar algo decente, sobre todo en este lugar.

He escuchado que estarás fuera el resto del mes y quizá más. ¿Son ciertos los rumores?

Aquí estamos igual. Ni bien ni mal. Simplemente estamos. En el fondo nos resignamos y sabíamos que teníamos que acostumbrarnos. Pues ya ves, si no te acostumbras, te jodes. Puro darwinismo.

Las cosas se están poniendo raras. Escucho por ahí a todos reclamar y decir que hay que hacer algo. Otros dicen

que simplemente dejemos que los otros se encarguen de ello, si sabes a lo que me refiero. Yo digo que están locos. Ahora se quejan, pero ni lo pensaron cuando agitaron el panal para alborotar a las abejas. Oh, pero mejor ni hablar. Aunque ya no me revisan el correo, nunca se sabe cuando puede salir una frase mal entendida por las rendijas, ¿qué no?

Jacko

28 de abril

Querido Gustavo:

Así que era cierto. Pues ni qué hacerle.

En verdad, perdona que haya tardado tanto en responder, pero tú sabes cómo son las cosas. Y aunque había leído tu carta desde antes, no me había puesto a responderla. Por falta de tiempo, no de interés.

Antes de que te pongas a decir que me conoces bien y que sabes que se me olvida todo, deja te recuerdo: las personas somos tan ambiguas, tú sabes, unas veces pensamos en alguien y, de repente, ya no.

He escuchado otro rumor. ¿En verdad planeas quedarte allá?

Acá las cosas se ponen difíciles. Yo me entero por lo que se escucha en los pasillos, tú sabes que estos sitios no son seguros, las paredes escuchan y lo cuentan todo.

El dueño está que se le queman las habas. No ha recibido el pago de este mes, así que el negocio está en números rojos. Supongo que estaba muy confiado con sus recursos y, ahora que le fallaron, no sabe qué hacer. Lo cierto es que desde que se fueron nuestros mejores rostros, la cosa va de pique. Supongo que cuando la clientela baje más, esto tendrá que cerrar un tiempo. Hacen falta buenos consumidores, como tú.

Querías saber por qué no atendíamos las llamadas, pero, como ya te dije, el negocio anda mal, así que por el resto del mes tenemos cortado el teléfono. Y aunque las cartas son lentas en llegar, es lo más seguro, tú sabes.

Jacko

9 de junio

Tavo:

No espero la hora para irme. Extraño verte y platicar por horas. Sí, sé que te dije muchas cosas la última vez, y que supuestamente no volvería a hablarte luego de eso. Pero tú sabes, el coraje a veces habla por uno y cuando se te enfría el entrecejo te das cuenta de que siempre exageras las cosas.

Esa vez sólo estaba sentido. Tú te fuiste y yo lo respeto, hay quien tiene fuerza para quitarse las amarras y quien no. Pero no es envidia, en serio. Así que, cuando puedas cambiarte, no te olvides de hacerme lugar. Sin rencores.

Ahora mismo todo en la familia es un caos. Cuando sepa algo del encargo que hiciste, te avisaré de inmediato. Nada más acuérdate de que me puedo meter en problemas por enviarte más que papel entintado. Guardarme un lugar en tu nueva casa sería un buen pago al favor. Y no es chantaje. Que conste. Sólo lo digo, por decir.

Jacko

14 de junio

Gustavo:

No has respondido a mi última carta, así que me he preocupado. ¿Está todo bien?

Las cosas están realmente feas aquí. Se han llevado casi a la mitad de nuestros trabajadores. Ahora que los altos se metieron de lleno en la bronca, el barrio la está pasando mal. Jodidos burócratas. El jefe dice que quizá pronto arderá Troya y el burdel con ella. Tengo que salir de aquí pronto, pero no sé de nadie que pueda ayudarme.

Hace dos meses dijiste que me amabas. Sólo tú puedes ayudarme. Sé que quizá no he sido la persona más dulce este tiempo, pero en verdad te aprecio. Y en verdad necesito ayuda. Si no era mentira lo de tus últimas cartas, por favor responde positivamente a mi petición.

Jacko

17 de junio

Querido Jacko:

Lamento la demora, pero tú sabes, esta vez estaba ocupado. Aunque tu carta llegó pronto no tuve tiempo de contestarla. Ni ésta ni la siguiente, hasta ahora.

Sé cómo están las cosas por allá. Los medios están vueltos locos por la noticia. Pero déjame recordarte que yo te advertí. Te ofrecí mi ayuda y venir conmigo, hacer algo. Lo despreciaste. No es un reclamo, “hay quien tiene fuerza para quitarse las amarras y quien no”, tú lo dijiste.

Sí, te dije que te amaba. No mentí en ninguna de mis cartas. En verdad, no lo hice. Pero ahora las cosas son complejas y, dado que en ningún momento te molestaste en responder a mis preguntas sinceras o a las cuestiones sentimentales que te planteé, no le vi el caso a seguir con ello.

Te envió algo de dinero con esta carta, para que te ayudes. Y te pido, por favor, que no me escribas más. No te daré mi nueva dirección, así que las cartas no llegarán. Suerte con el problema, tienes recursos para salir de ello.

En verdad lamento hacer las cosas así, pero tú sabes cómo somos las personas, tan contradictorias: unas veces pensamos en alguien y de repente, ya no. Un día amamos a alguien y, de pronto, ya no.

Tavo

Nada es lo que parece

Anaí Cano

“Murió de tristeza”, dicen por ahí. “Murió de soledad”, comentan muchos otros. La realidad nadie la supo, simplemente se fue sin decirle nada a nadie, sin que algún otro ser escuchara su último suspiro. Ella se desvaneció.

En realidad pocos la conocían, se volvió solitaria. Después de tantos arranques de locura, se apartó de todo aquel que hubiera querido conocerle. Era fría y amarga, no desde siempre, pero sí en sus últimos años. “Y era tan joven... ¡Pobre muchacha!”, decía su madre sin cesar. “Era tan vivaracha y con un encanto singular. ¿Por qué se nos fue, Señor, por qué?” Y a su pregunta seguía el silencio, pues no había respuesta de parte de Él. Ella tomó la Biblia, la única que siempre le acompañaba, y comenzó a rezar sin sentido, y es que ya no tenía sentido orar por alguien que, aun viva, ya estaba muerta.

Su nombre era Valentinne Figdue, y era hija de Vince Figdue, el honorable juez del pequeño Gironde, un pequeño pueblo escondido en la siempre romántica Francia, y su madre era Antoniette Voulogn, una hogareña ama de casa.

Ambos la criaron bajo el catolicismo, suponiendo que eso la haría mejor persona.

Valentinne siempre fue una niña de pocos amigos, jamás fue extrovertida, mucho menos alguien de carácter fuerte, sólo se limitaba a jugar con su imaginación. Solía decir: “Mi imaginación me lleva a lugares donde todo parece tan real”. Ella tenía un mundo diferente en su mente, a menudo trataba de imaginarse como una persona distinta, como alguien

completamente diferente en todo sentido, fue así cómo se formó dentro de ella una nueva personalidad: Angelique Remmert. De ser una niña divertida y amigable, pasó a ser una mujer excitante y mística. “Cualquier hombre desearía estar en su cama”, se repetía Valentinne diariamente mientras se duchaba para ir de nuevo a su fatigante y enloquecedor empleo.

Trabajaba en un pequeño despacho de abogados. Era la secretaria de Maurizio Feté, uno de los abogados más reconocidos y destacados en toda Gironde y sus alrededores, tanto en el ámbito laboral, como por sus incontables amoríos con sus clientas, mujeres de alto nivel social y con buena solvencia económica. “Yo sólo brindo mis servicios y cariño”, se le oía decir con cinismo. Y mientras su jefe se revolcaba con una que otra mujer de sociedad y alguna que otra prostituta, Valentinne deseaba fervientemente que siquiera él voltease a mirarla, pero eso no ocurría ni de broma.

—No pierdo el tiempo en tonterías, Francois, tengo mejores cosas que hacer. —Maurizio decía con tono sarcástico a su socio y mejor amigo, Francois Tedeschi. Éste era un hombre con fama por sus múltiples fraudes legales y por su infortunio en el amor. Conoció a Maurizio Feté en la Universidad y laboraba con él desde hacía cinco años, cuando se convirtieron en socios del despacho que llevaba en sí sus apellidos renombrados: *Feté et Tedeschi buffete d’Avocats*.

—Por favor, Maurizio, no me digas que no has visto cómo esa rara te mira desde afuera de tu oficina. ¡Está completamente loca por ti! —Con tono de burla lo decía más fuerte para que ella escuchase.

—¡Calla, por Dios! Te va escuchar.

—¡Qué importa! Serás siempre platónico para ella, ¿o no es así? —Francois presionaba con sus interrogaciones fuera de lugar.

—¡Claro, idiota! Pero aun así es una buena secretaria, siempre sabe qué inventar cuando no deseo hablar con mi

madre.

Maurizio y Francois reían y seguían bufándose de la miserable secretaria.

Mientras tanto, Valentinne escuchaba todo desde su pequeño escritorio; después de todo, era un despacho de mala construcción: si se escuchaba lo que sucedía tres calles al frente, que no se escuchara de una puerta a otra sería ilógico.

Cada noche, después de la hora de cierre, con el trasero cansado y la voz medio ronca, ella siempre solía decir: “Buenas noches, amor de mi vida, me despido pero mañana volveré aquí, como siempre, por ti”. A decir verdad, no era un mal trabajo: le pagaban quinientos francos a la semana, que para ella eran suficientes para sobrevivir en su pequeño y solitario departamento que se encontraba a las orillas de un barrio repleto de maleantes.

Muchos no sabían que Valentinne vivía ahí. Para ella era un alivio sentirse inexistente. “Hasta los maleantes me ignoran”, decía en su mente. Algunos le conocían de vista, pero jamás entablaron alguna charla con ella, por eso les fue indiferente su muerte. Después de todo fue natural, ¿o no?

Era un día 17 de septiembre del año 1968, y, como era de esperarse, como todos los años y todos los días, Valentinne se levantó de su cama soñando ser esa mujer que había inventado en su subconsciente. Aun siendo una mujer discreta y recatada, muy dentro de su mente existía esa llama ardiente que la hacía estremecer en las noches en las que el placer iba y venía de sus dulces y tiernas manos. Sin embargo, ese día no fue común, algo en su interior le hacía saber que pasaría algo. Quizá de pronto sintió un raro déjà vu que le erizó la piel. Cerró sus ojos. No quería que nadie se enterara de lo que percibió, y, de todas formas, ¿a quién podría contárselo? Siendo una mujer solitaria, no tenía amigas, mucho menos hombres tras ella; sólo estaban ella y su soledad, su imaginación y un ave llamada “Camille”, a quien contaba sus más íntimos sueños y deseos. “Qué bueno que no me entiendes palabra alguna, Camille,

seguramente estarías espantada de tanta cosa horrorosa que suelo contarte”. Valentinne, católica desde su nacimiento, se sentía avergonzada de sentir lo que dentro de su ser habitaba, ya que lo consideraba pecado, lujuria, aun cuando sólo fuera en pensamiento.

Ese día sonó su alarma, ella despertó, tomó una ducha y un ligero desayuno, a decir verdad, el mismo que tomaba desde hacía cinco años, desde que vivía sola en ese mismo departamento. Se dispuso a salir, tomó su abrigo y salió de casa. Pero ese déjâ vu no la dejaba continuar, sabía que había algo, pero no lograba percibirlo a ciencia cierta. Tomó la misma ruta de todos los días, pero, al dar la vuelta en la calle del despacho, notó que había obreros y maquinas por doquier. Le pareció extraño, pero siguió, sólo tenía que rodear un poco y llegaría a su trabajo. Al dar la vuelta, se encontró en una calle completamente desconocida para ella; a pesar de tener más de tres años trabajando en el mismo lugar, nunca había tomado una ruta que no fuera la que ella conocía. Caminó insegura a paso rápido, se sentía vulnerable. Había casas viejas, descuidadas y se notaba a simple vista que no habían estado habitadas desde tiempo atrás, ella sólo quería llegar a su destino.

Después de la odisea en que se convirtió tan sólo rodear una calle para llegar a su trabajo, cruzó la puerta de entrada al despacho y se encontró con Francois frente a su escritorio, dándole la espalda, pero en cuanto sintió su llegada se dirigió a ella.

—Conque llegas tarde...

—Disculpe, Sr. Tedeschi, hay una construcción a media calle y tuve que rodear... —y antes de que ella terminara de hablar, Maurizio Feté la interrumpió.

—No te preocupes, Valentinne, nadie te pide explicación. Ignora al Sr. Tedeschi, quien debería estar checando su caso de las dos de la tarde. Adelante, no pasa nada.

Ella de inmediato tomó asiento, sintiéndose defendida y aún más enamorada. Sentía el deseo de abalanzarse sobre sus brazos y decirle lo mucho que lo deseaba, todo lo que

Angelique, la mujer que había inventado en su mente, tenía para decirle y hacerle.

Pero Maurizio ingresó a su oficina y, de inmediato, ella volteó su mirada hacia Francois Tedeschi, el socio de su jefe directo, quien la miraba fijamente, y de pronto escuchó lo que jamás creyó:

—Y dime, Valentinne, ¿tienes novio?

—No, señor, no tengo.

—Ah, mira. ¿Y vives sola?, ¿o con tus padres? Supongo que no tienes hijos, ¿verdad? ¡Pero qué barbaridad! Hago tantas preguntas que parezco un chiquillo.

Valentinne no podía creer lo que ocurría. ¿Acaso el señor Francoise Tedeschi se le estaba insinuando?

—No pienses mal, Valentinne, sólo son preguntas para conocerte mejor. Después de todo, tienes años trabajando aquí y aún no conozco nada de tu vida.

Antes de siquiera responder, se abrió la puerta y salió Maurizio Feté.

—Francois, ¿pudieras venir un instante?, necesito decirte algo.

—Claro, Maurizio, ahora voy.

Su plática quedó inconclusa, y a Valentinne sólo le dejó dudas y muchas preguntas sin respuesta.

Después de una tarde de trabajo, Valentinne se disponía a recitar en su mente lo que todas las noches tenía para decir, cuando, de pronto, Francois Tedeschi se acercó.

—Buenas noches, señorita Figdue, que descanse y mañana espero verle de nuevo.

Ella, sorprendida, sólo asintió con la cabeza y salió del despacho, pensando en cada una de las palabras que escuchó de aquel hombre. De pronto, recordó la construcción y que debía rodear la calle completa, esa calle fría y oscura que debía cruzar, pero entonces escuchó un motor, sí, era el Falcón 67 de su tan amado jefe Maurizio Feté.

—Valentinne, es muy tarde para que una señorita como usted ande caminando por estas calles. Ande, suba, le llevo a su casa. —Y, sin decir una palabra, Valentinne abrió la

puerta y subió.

Desde su ventana, en la oficina del segundo piso, Tedeschi los observaba. Sin más, salió rápidamente tras ellos. Francois no podía con la ira y rabia que dominaban su ser, era la primera vez que él se enamoraba y, ahora que por fin lo aceptaba, su mejor amigo quería arrebatarse, una vez más, a la mujer que él deseaba.

—Sé que sólo lo hace por molestarme. ¡Si a él nunca le importó! ¿Cuántas veces no se lo dije y él siempre la rechazó? No lo va a volver a hacer. Esta vez no se lo permitiré.

Maurizio Feté, aun siendo el mejor amigo de Francois, desde la universidad había faltado a su lealtad de hermanos, pues se había involucrado con la prometida de Francois tres años atrás. Ella era una mujer bella, sensual y muy provocativa, que ciertamente sólo buscaba estabilidad económica. Francois se enamoró de ella al instante. El día de la despedida de soltero, Maurizio, ya entre copas, le confesó a Francois que días atrás le había hecho el amor a su prometida, justamente en el despacho donde trabajaban, sobre el escritorio de Maurizio, y aunque éste estaba muy ebrio como para procesar lo que estaba diciendo, Francois, quien le había prometido a su entonces novia no tomar de más, estaba en sus cinco sentidos completamente. Tal vez Maurizio no recordó lo que había dicho a su mejor amigo, pero Francois nunca lo olvidó. Después de días, Francois canceló la boda, dando como razones que Jullien y él habían terminado y que ella había tomado la decisión de irse a París. El paradero de Jullien nunca nadie lo supo, la verdadera razón de su desaparición sólo Francois la sabía.

Francois salió de prisa del despacho, llevando algo en su bolsillo. Esta vez quien desaparecería no sería otra mujer, sino un hombre.

Maurizio, quien era un hombre prepotente y muy egocentrista, creía que cualquier mujer podía y debía estar a sus pies. Su larga experiencia le daba motivos para creer tanto en su potencial, que una simple secretaria como Valentinne no sería problema.

Definitivamente, Valentinne no era para nada como esas mujeres a las que Maurizio estaba acostumbrado: ella era discreta, anticuada, silenciosa, introvertida. “Una mujer aburrida”, en palabras más exactas de Maurizio; mas él mismo aceptaba que había algo en ella, que no sabía que era, pero sí sabía que no lo encontraba en nadie más.

Esa noche decidió llevarla a casa, saber más de ella; le llamaba la atención y, claro, quería poner a prueba su encanto ante la miserable secretaria.

Valentinne no entendía por qué su jefe tenía tantas atenciones esa noche con ella, se sentía halagada, pero no tranquila, un presentimiento no la dejaba respirar bien.

—¿Le pasa algo, Valentinne?

—No, señor, nada... —respondió en voz baja y con poco aire en su entonación. Mientras trataba de distraerse de las ahora incómodas preguntas de su jefe, a quien había amado por tres largos años, miró el espejo retrovisor y lo vio a él, a Francois, al mejor amigo del hombre que estaba justamente tocando su pierna y cuya mano subía lentamente.

—¿Qué hace, señor Feté? —preguntó Valentinne alzando la voz—. Mire, ahí viene el señor Tedeschi, quizás necesite algo, deténgase. —Ciertamente a Valentinne le importaba poco si Francois necesitaba o no algo, simplemente ella no quería quedarse sola con su jefe, quien ahora le parecía bastante bestia. Ella siempre imaginó un romance con él, pero de diferente forma, algo más típico, algo más romántico; no quería a un tipo que le ponía la mano por encima de su falda la primera vez que cruzaba palabra con ella.

Maurizio le hizo caso y detuvo el auto para bajar.

Valentinne estaba dispuesta a bajarse del auto también y decirle que caminaría, que no deseaba más que él la llevara a casa, cuando escuchó gritos: eran Maurizio y Francois, quienes discutían en medio de una avenida sin mucho alumbramiento. Salió. Era la primera vez que veía a dos hombres discutir por ella.

—¿Qué te pasa, Maurizio? ¿Ahora resulta que te gusta tu secretaria? ¿A quien nunca volteaste siquiera a ver? ¿A

dónde la llevas? ¿Qué crees que haces?

—¿Pero qué te pasa, Fran? —Riendo, y en tono sarcástico, le respondió Maurizio—. Si sólo la estoy llevando a su casa, ¿acaso eso te molesta? Porque si es así, si quieres tú llévala, yo sólo le estoy haciendo un favor. Digo, ¡por Dios!, yo jamás me fijaría en una mujer como ésa. —Alardeaba Maurizio frente a su “aprendiz”, como él le llamaba.

—Te recomiendo que la dejes en paz. No te quieras pasar de listo otra vez.

—¿Otra vez? ¿De qué hablas? Si ésta es la primera vez que la llevo a su casa.

—No me refiero a ella, y bien lo sabes, esto debí haberlo hecho hace mucho tiempo...

En ese momento, Francois sacó un arma de su bolsillo, y, cuando se disponía a disparar, Maurizio se abalanzó sobre él, haciendo que el arma cayera debajo del auto.

Valentinne escuchó toda la discusión, por momentos se sintió como Angelique. Llena de adrenalina, excitada por el momento y la pelea, y sintiéndose despreciada por el hombre que más había amado en su vida, decidió vengar su “falta de respeto”, como ella lo pensó. Tomó el arma, la cargó, apuntó hacia ellos, jaló el gatillo y disparó. Por unos instantes todo fue silencio absoluto. En ese momento ella abrió sus ojos, había un hombre muerto, lleno de sangre y tirado en el piso, pero no era su jefe, Maurizio Feté, sino su nuevo y último admirador secreto, Francois Tedeschi. Al ver el horrible suceso, se llenó de pánico y de horror. Maurizio estaba en shock, pues, a pesar de la pelea, no esperaba que eso fuera a suceder.

Valentinne, quien por un momento regresó a su cuerpo, decidió terminar lo que Angelique ya había empezado, miró su mano y observó el arma, aún humeante de pólvora, volteó su mirada hacia su ahora ex jefe y disparó. Mató a sus dos jefes, dos hombres que jamás habían cruzado palabra alguna con ella, y que terminaron muertos la primera noche que lo hicieron. Después de todo, hubiera sido bueno que a ninguno de los dos se les ocurriera hacerle plática a tan

extraña mujer.

Aún bajo el efecto “Angelique”, decidió regresar a casa, en un Falcon 67 que ni siquiera era de ella. Valentinne jamás había tomado el volante de un auto, pero Angelique controlaba muy bien los cambios de tan flamante auto. Llegó a su departamento, le dio de comer a “Camille” y, mientras llenaba la tina, se preparó un café, su último café.

Ya semidesnuda caminó hacia la bañera, tomó su toalla, como si en algún momento fuera a salir de su baño, tomó el arma y la puso justo a su lado. De pronto escuchó la puerta de su departamento, algunos ruidos y pasos. Alguien había entrado.

Días después, la madre de Valentinne fue a visitarle, encontrando la puerta abierta y mucho silencio por doquier. Estaba la máquina de café encendida, una taza medio vacía sobre la mesa y su ropa en medio del pasillo. La encontró muerta en la bañera, tenía un tiro en la cabeza. Los policías que arribaron al lugar nunca encontraron el arma que propició la muerte de Valentinne. Su muerte se declaró suicidio, según las autoridades.

Nunca nadie supo la verdadera historia de la muerte de esta mujer, mejor dicho, nunca nadie supo la verdadera historia de la vida y la muerte de esta mujer. Nadie supo cómo vivió, quién realmente era, cuántos secretos tenía ocultos, cuánto misterio había en su vida. Así como nadie se enteró de lo que pasó realmente esa noche. Había muchas versiones, muy poca gente decía algo que fuera verdad, pero, bueno, después de todo, nada es lo que parece.

La otra oreja

Andy Romo

Érase una vez una oreja que vivía en el lado izquierdo de una cabeza, no importa mucho de quién.

Su vida no era muy emocionante, pero tampoco aburrida: le encantaba escuchar música, sentir el aire cuando las manos abrían la ventana del coche y la cabeza se despeinaba, haciéndole cosquillas con los cabellos alborotados; le gustaba escuchar la lluvia y los truenos, tanto como el silencio casi absoluto de las madrugadas. No se quejaba, vivía cómodamente en su lado de la cabeza sin preocuparse por complicaciones en otros lugares: que una uña se rompió, que los pies tenían ampollas o que los ojos estaban llorosos la tenían sin cuidado; eso sí, que no se pusiera mala la garganta porque le empezaba a doler la parte de atrás y se quejaba del mal cuidado de la cabeza, de la negligencia de las manos y de que a nadie le importaba lo que a ella le pasara. Se quejaba mucho, pero normalmente vivía tranquila, y lo que le parecía lo más importante: ¡sin molestar a nadie!

Jueves por la mañana, el cuerpo seguía su rutina. La oreja escuchó con pereza cómo se abría la llave, el agua de la regadera, haciendo eco con los azulejos del baño, era como un amigable despertador y, aunque sólo era una oreja común, tenía una gran imaginación ejercitada por las películas y las radionovelas que se oían en el auto. Para ella, mojarse se escuchaba como el rugido de una criatura, una tormenta a lo lejos o las olas violentas del mar profundo, cosa que le entretenía mucho, pues casi nunca tenía trabajo.

Todo era normal hasta que el rugido, la tormenta y las olas

entraron súbitamente en ella, la estremecieron e inundaron. La pobre oreja no lo había visto venir. En dos segundos ya se imaginaba naufragada en el piso de la regadera y cayendo por el agujero negro donde se iba toda el agua sin que nadie se acordara nunca de ella, pero entonces la gravedad cambió y el doloroso flujo que la azotaba escurrió cálido por el lóbulo, dejándola aturdida. Todo fue tan rápido, que de no ser porque las orejas no se pueden desmayar, lo hubiera hecho.

Fue cuando se dio cuenta de algo que la puso blanca de miedo: el silencio.

No era un silencio normal, como cuando los dedos la oprimían creando una sordera forzada; tampoco era como cuando le ponían un audífono y, al terminar una canción, parecía que el exterior se escuchaba lejano o casi mudo. No. Aquél era un silencio que estaba instalado dentro, como un pensamiento, inmaterial, no sentía ningún tapón y estaba... ¡sorda!

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —Se apresuró a gritar, aunque sentía que sólo podía escucharse ella.

Sin demora, la mano llegó a tratar de animarla y a moverla, empujaba por detrás de su concha, estiraba el lóbulo, torció a la oreja en todas las formas, pero el sonido no regresó.

Su pánico iba creciendo al ver que ya subía al auto y no escuchaba la radio, tampoco el tráfico o el barullo de la gente que transitaba por la acera. ¡Cuánta frustración! Hacía su mayor esfuerzo, mientras que, a ratos, el dedo índice izquierdo la presionaba para sacar un tapón que no existía.

La presionaron durante horas hasta que estuvo toda enrojecida. Ya había dejado de pedir socorro, pero el dedo seguía tratando y sólo había empeorado la situación. —Ya no te molestes en seguir, déjame así, no tengo remedio... —Pero el dedo parecía no escuchar (¡pues, claro, los dedos no son orejas!).

Esperaba que la arrancaran de su privilegiado hogar, pues sentía que ya no podría trabajar jamás, pero pasó la tarde y continuaba en su lugar.

Lo más triste fue que comenzó a llover y para ella todo seguía mudo. De pronto, como un diminuto milagro, oyó un murmullo inteligible que parecía venir del interior de la cabeza —¿Hola? ¿Quién anda ahí? —preguntó insegura—. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —Pero no hubo respuesta que pudiera identificar.

Aquella voz lejana continuaba, era como una canción que ya conocía. La oreja comenzó a sentirse feliz de que pudiera escuchar algo, parecía que hubiera un túnel a través de la cabeza y que el sonido entrara por algún otro orificio: ¿otra oreja? No. Imposible, pensó. “Debe haber alguien”.

—¡Oye! ¡Allí dentro! ¿Quién eres, qué eres? ¿Me escuchas? —Comenzó a interrogar—. ¡Eh! ¿Qué estás cantando? Creo que conozco esa canción. ¿Hola?

Pero, de nuevo, nadie respondió. La oreja se arriesgó a usar todas sus fuerzas, esperando una voz, un aumento de volumen, cualquier cosa que la alejara del terrible silencio, y volvió a alzar la voz: —¿Hola? ¡Soy la oreja y me he quedado sorda! ¿Puedes ayudarme? ¡AYUDA! —Tomó más aire y: —¡Necesito ayuda! ¡Por favor! ¿Hay alguien ahí?

Se quedó callada un instante y comprobó con tristeza y horror que el murmullo había cesado. No había nada. Sólo la vibración. Pero aguardó atenta por alguna nueva señal.

Y continuó esperando todo el día (eso es demasiado tiempo para una oreja).

Siguió así, hasta que su fuerza terminó, sus esperanzas estaban en el suelo, o más abajo que eso. Observó que la luz del día desaparecía y con ella su ilusión de volver a ser la misma.

Repentinamente la luz se encendió y la atacó un líquido extraño, transparente como el agua. Empezó a burbujear en su interior y muy pronto sintió espuma. Un cosquilleo sordo, que brotó de lo profundo de su ser, se elevó y empezó a cubrir su concha con un color distinto que al inicio. Aquello que entró transparente había salido amarillento, pero eso no fue lo más extraño, sino que llegó un objeto blanco y blando que absorbió la espuma dorada, produciendo un milagro: el

sonido, ¡había vuelto!

El agua mágica entró dos veces más junto con aquel objeto absorbente, haciendo cada vez el sonido más fuerte. Estaba tan feliz, que pensó que podría saltar de la cabeza al hombro y de ahí a no sabía dónde.

¡Bendita normalidad! Las luces se apagaron y pudo disfrutar del silencio, hasta que recordó aquel murmullo misterioso.

No pudo evitar cuestionarse un montón de cosas: ¿Quién viviría dentro de la cabeza y no escucharía sus gritos desesperados? ¿Habría sido un fantasma? ¿Sería posible que hubiera escuchado al pensamiento? Ni hablar, eso era demasiado. Pero la experiencia fue tan real, que pensó que tal vez, sólo tal vez, existía una oreja paralela a ella al otro lado de la cabeza. Nunca lo sabría, después de todo, sólo era una oreja limitada a vivir en el lado izquierdo de una cabeza, no importa mucho de quién.

Golpe bajo

Janette Eunice Pérez Villarreal

Hubiera preferido nacer Adelita, mandar la noble cuna a la basura, luchar y dar la vida en la batalla si fuera necesario; ser la mera Adelita, la valiente: Sargento, Teniente o Coronel, guerrera de arriba a abajo. Hubiera preferido escuchar el estruendir del cañón dejando un silencio adormecedor y no el tic tac del reloj marcando mi desolación, ver la sangre del enemigo correr y no mis amargas lágrimas caer.

Porque la guerra me pescó de noche dándome un culatazo por la espalda, y es que de pronto todos se amacharon por obtener el poder. Ya han pasado los años, es cierto, pero aún recuerdo el drama vivido como si ayer mismo hubiera iniciado la batalla.

Era en ese entonces una niña de diez años de edad, despreocupada por el afán guerrillero; de familia acomodada, debo admitir, religiosos hasta la coronilla, pues hacían de cualquier simple acción una misa mayor, por esa razón fui educada en el colegio Santa Teresa de la Piedad. Sin embargo, todo en casa era apacible, papá trabajaba duro para mantener la posición privilegiada, mientras que mi madre, siempre al pendiente del hogar, me instruía en los cuidados de la casa, y en los personales por supuesto: que aprender a preparar el té, que comportarse recatadamente en todo momento, jamás interrumpir una conversación y nunca olvidar la correcta postura. Pero yo prefería las muñecas en lugar de clases de comportamiento, prefería una historia salida de su boca, pues su dulce voz podría disipar todo miedo. Aún me recuerdo vistiendo abombados atavíos de

seda adornados con coloradas flores y, corriendo por los pasillos, iba directo a jugar en los jardines interiores. Ya lo he dicho, todo era apacible y nada, absolutamente nada, me faltaba, hasta el momento en que el reloj marcó el último minuto de paz, dando comienzo a la guerra, mi guerra.

Todo comenzó esa noche gris, la primera de mis tantas noches sin luna. La oscuridad invadía hasta el último rincón de mi habitación: cruzaba andenes, recorría salones, inundaba mis sueños. De pronto, entre esa espantosa oscuridad, aparecieron hombres armados que, en nombre del gobierno, hicieron fusilar a mi padre, acusándolo de apoyar movimientos guerrilleros, y así su sangre tiñó el recuerdo de mi memoria; de la noche a la mañana nos despojaron de todo bien, mi madre sucumbió ante el delirio y yo, Rebeca Asís de Vidal, perdí mi familia, mi hogar, mi herencia y sin más remedio emprendí la huida. Pero de tanto huir, me cansé de ver la sangre del inocente derramarse, y de tanto cansarme, de tanto recordar mi maleficio, aumentó la sed de venganza, sin ninguna otra opción, entré en las fuerzas armadas, armadas con machetes, palos y uno que otro fusil, pero armadas de valor. Valor que hace falta para frenar injusticias.

Rayando lo guerrillero, entre el bandolerismo, terminé uniéndome a la División del Norte comandada por Villa. Yo, que antes tenía dinero hasta para aventar al cielo, pasé a hacer uso de dinero fiduciario; yo, que antes tenía un techo, pasé a apoderarme de tierras de hacendados, de trenes y hasta de cristianos. El general fue el único que me ayudó, el único que vio por mí y, por ende, él pasó a ser mi familia. Al principio sólo le ayudaba con los heridos, el alimento y cosas de éstas, pero para cuando acordé, ya había pisado el pabellón de fusilamiento unas cuantas veces, mandando al infierno como a diez hombres, entre ellos los mismitos que cinco años atrás me habían llenado el alma de amargura. Mi madre siempre me dijo que matar era pecado, sin embargo, era mi vida o la de ellos. Ahora cargaba mi fusil, mi machete y todo lo que me sirviera de armamento para enfrentar a las

fuerzas de Huerta y de aquel que estuviera contra nosotros, pues al fin había encontrado un nuevo hogar y no iba a permitir que me lo arrebataran otra vez. Aunque me dolía en el alma, disfrutaba mancharme las manos con la sangre del enemigo para ver si así podía aliviar un poco mi pena. Ganamos batallas como la de Paredón, de Tierra Blanca, Ojinaga, Zacatecas y otras, además de ganarnos el miedo de muchos.

Cada batalla se festejaba con aguardiente, pero yo aún tenía sangre noble en mis venas y, aunque se burlaban de mí, festejaba con té para recordar los buenos momentos, ésos que me hacían seguir viva. En una noche me preguntaron cuántas veces me había acostado con el General, a lo que yo orgullosamente contesté: “Ninguna, yo estoy aquí para pelear y no para revolcarme con el General en jefe”. Y desde ese momento les callé la boca a todos.

Me gané el respeto y la admiración de muchos, pero sobre todo el miedo, porque si a alguno se le ocurría subestimar mi capacidad en la batalla por ser mujer o verme sólo como a un objeto, no la contaba. Decían que se me iba la vida tratando de remediar el sufrimiento haciendo sufrir a otros. Decían que ya había olvidado lo que era el amor, la misericordia, el perdón. Que no tenía sentimientos, que no tenía alma y mucho menos corazón. Pero lo que no sabían era que por el sentimiento, el dolor en el corazón, el amor al recuerdo de mi familia y al honor de mi padre hice lo que ya he dicho. Querían de mí misericordia y perdón, pero cómo tenerlo con ellos si ellos no lo tuvieron conmigo. No se pide lo que no se da; me dieron guerra y guerra les di.

La vida probó mi suerte en la batalla de Agua Prieta. Aquellos malditos me hirieron de muerte. Me dijeron que se me fue la vida, pero justo antes de echarme al pozo me regresó de un sambotazo. Volví a la guerra, atacamos Torreón y resultamos victoriosos, ésta fue mi última batalla. Estuve desde 1913 hasta 1920 a las órdenes de Villa y fue para mí un honor pertenecer a la División del Norte, porque calmó mi espíritu vengativo, hizo mi soledad más llevadera

y purificó mis recuerdos más amargos.

Muerto Villa, yo ya no tenía nada que hacer en su ejército. Regresé a mi ciudad en busca de mi madre, pero me dijeron que no había durado siquiera el mes a la muerte de mi padre. Pregunté si ella alguna vez había mencionado a Rebeca y me dijeron que nunca mencionó ningún nombre y nunca dio muestras de dolor, que había permanecido como petrificada mientras terminaba de morir. Y me sentí culpable por haberla abandonado. Pero en ese entonces era una niña asustada por el delirio de su madre, una niña que cuando cerraba los ojos lo único que veía en su mente era la sangre de su padre manchando su recuerdo, y lo único que deseaba era olvidar y recuperar lo que le habían arrebatado; pero me llené de rencor y ensucié mis manos con sangre tratando de aliviar la pena.

Recorriendo las ruinas de lo que había sido mi hogar lloré por no haberme muerto en ninguna batalla, porque me esperaba toda una vida en soledad y porque ahora el invierno sería más crudo. Era como si cada lágrima fuera un cristiano que había matado, y entonces pensaba: “quizá pudo haber sido alguien más en mi vida”. Lloré porque la misma vida me pudo haber dado un golpe más fuerte, sin embargo, el que me dio me hirió lo suficiente. Y entonces concluí que no era mejor que ellos, que la guerra no solucionó mi pesar y sólo me había cristalizado el alma.

La noche

FATE

—¡Pero qué tontería! —exclamé un poco molesto y me alejé, me senté en el último banco de la última fila con la vista puesta en el exterior de la ventana. Todo estaba muy tranquilo.

¿Acaso esos idiotas pensaron que me asustarían con esa ridícula historia de fantasmas? En serio, esos niños no tenían mucho para divertirse.

Habían pasado tres meses desde que inicié el cuarto año en la primaria. Cuando dejé de mirar el cielo y el pasar de las nubes, observé a mis compañeros desde mi asiento, con la barbilla apoyada en mi mano derecha, todos ellos se veían tan contentos y alegres, hablando mientras sonreían, ajenos a todos los problemas del mundo y la vida, ¿y por qué no?, seguíamos siendo sólo niños, los problemas de este mundo aún no nos concernían, ésa sería la única ventaja de ser tan joven, nadie esperaba grandes cosas de nosotros.

No es necesario que lo diga, pero yo era un solitario. Creo que eso es bastante obvio, después de todo, ¿qué niño se mantiene alejado de los demás mientras éstos hablan tranquilamente de cualquier estupidez del mundo, sobre los programas de televisión que pasaron la noche anterior, sobre juntarse al salir de la escuela, reunirse en el algún parque cercano para charlar o jugar a algo? Yo seguía observando cómo interactuaban. Podía escuchar que algunos hablaban sobre temas que a mí me interesaban y que conocía, pero jamás me llamó la atención levantarme e ir con ellos. Estaba más cómodo en mi lugar.

La maestra entró al salón, todos se sentaron en sus bancos y la clase comenzó. Era muy aburrida y la verdad no me interesaba nada la Historia, ni las Matemáticas o la Geografía. La profesora continuaba parloteando sobre algún tema que no atrajo mi atención. Todos mis compañeros estaban absortos en la clase, pero yo no. Continuaba con la vista puesta en el exterior de la ventana, miraba con ojos impacientes y deseosos que algo, lo que sea, no importa qué tan ridículo pudiera llegar a ser, pero que algo impresionante ocurriera. Por supuesto, no pasó nada. Las clases terminaron y no puse ni la más mínima de mi atención. Ni siquiera recordaba una sola palabra de la maestra.

Esperé a que mis compañeros tomaran sus cosas y salieran. Después de que el grupo se quedó vacío, continué en ese salón por varios minutos más, aún con la misma expresión de aburrimiento y esperando que, en el último minuto, algo increíble sucediera. El aire que penetraba por la ventana abierta era refrescante y me gustaba sentirlo acariciar mi rostro con suavidad. Al final, no pasó nada.

Salí como de costumbre, muy decepcionado. Tomé mis cosas y partí. Caminaba de forma indiferente, si es que eso es posible, la expresión de mi rostro mostraba aburrimiento y algo de cansancio. No me interesaba ver a los otros niños corriendo mientras hacían tonterías; a los maestros, que se quedaban parados en la puerta de salida viendo cómo los estudiantes se marchaban; a los alumnos, que recibían con un beso y un abrazo a sus madres que los recogían todos los días. Todo eso era igual de molesto y aburrido.

Nadie venía por mí y tampoco me iba en transporte escolar, caminaba directo a mi casa. Me gustaba hacer las cosas a mi manera y que nadie me dijera qué hacer. De igual forma, no vivía muy lejos, sólo eran veinte minutos de caminata. Andaba por las calles, como siempre, fantaseando sobre cosas increíbles que pudieran sucederme en el trayecto a mi casa. Una vez más, nada extraordinario ocurrió.

Llegué a mi casa, abrí con las llaves: como siempre, no había nadie. Lancé mi mochila al suelo, me senté y encendí el

televisor, pasé dos horas viendo mis programas favoritos, era por esas series que mi vida tenía un poco de sentido. Todos los días anhelaba que llegara el día siguiente, únicamente, para saber cómo continuaba la historia. Me dio hambre, abrí el frigorífico, tomé lo que me apetecía y comencé a prepararme la comida. Sabía cocinar, me había enseñado yo solo. Y jamás quemé nada, ni la cocina ni a mí mismo. Como dije antes, me gustaba hacer las cosas a mi manera y que nadie me dijera lo que tenía que hacer.

Terminé, lavé los platos e hice mi tarea. No tenía nada más por hacer. Salí de casa, cerré con llave y caminé por ahí. Casi siempre lo hacía, no tenía amigos y tampoco un lugar al cual deseara ir, sólo caminaba por el gusto de hacerlo y, mientras andaba por las calles que ya conocía de memoria, me la pasaba fantaseando sobre sucesos increíbles que pasaban. Antes de darme cuenta, llegué al parque que estaba a unas calles de distancia, estaba casi vacío, sólo había un grupo de jóvenes que jugaba fútbol en la cancha. Caminé hasta la resbaladilla que se componía de tres: una con vista al frente, dos resbaladillas más a los lados, derecha e izquierda, y en la parte de atrás el camino para subir. Me quedé recostado en la parte de arriba con la vista puesta en el cielo.

Recordé entonces esa historia de fantasmas:

En un viejo edificio, en uno de los pisos, una anciana de aspecto horrible vivía, se la pasaba en su mecedora, meciéndose de atrás para delante una y otra vez. La oscuridad en el edificio era casi total, sólo una tenue luz parpadeante iluminaba el piso donde vivía la vieja. Ella tenía una computadora que estaba todo el tiempo prendida, pero jamás la usaba. Un día, unos hombres que querían tirar el edificio para construir uno nuevo, lo hicieron caer al poner explosivos en la parte de abajo. Cayó. Pocos sabían que en uno de esos pisos vivía una anciana. La mayoría —por supuesto, los adultos— no creían en esa vieja leyenda.

Se buscó entre los escombros a la vieja de los cuentos, pero jamás se encontró nada, dándole la razón a esos adultos de que sólo era una leyenda urbana. Pero sí se encontró

otra cosa. Sepultada bajo pesados escombros, una vieja computadora yacía intacta. Ni el cristal del monitor se vio inmutado y, lo que era peor y más terrorífico, seguía encendida y parpadeante. Aun cuando no estaba conectada a nada.

Tiraron la computadora y se olvidaron del caso. Pero cuenta la leyenda que esa vieja y horrible anciana, era en realidad una bruja y que antes de que el edificio y su hogar cayeran hechos pedazos, ella usó su magia y se metió dentro de la computadora y aún continúa viajando de monitor en monitor, matando del susto a quien sea que escuche esta historia y arrastrándolos por el hombro hasta meterlos dentro de la computadora junto con ella.

De acuerdo con la leyenda, ella era tan horrible que bastaba con verla una sola vez para morir del susto: su piel era de un tétrico color gris, no tenía ojos y sólo poseía unos cuantos dientes, chuecos y negros, sin mencionar que su aliento olía a muerte.

Ella siempre despertaba a la gente tocándolos en el hombro derecho con su dedo y, cuando abrías los ojos, ella te estaba mirando a unos pocos centímetros de tu rostro. Y morías.

En conclusión, no debías abrir los ojos si sentías que te estaban tocando el hombro derecho.

Así que la historia en sí misma era una maldición. Al principio me sonó absurda y tonta, y sería increíble que algo como eso en realidad existiera. Eso demostraría que había cosas increíbles en este mundo y que no todo era aburrido.

Se hacía tarde, mi padre no tardaría en llegar. Llegué a mi casa, nada había cambiado, todo seguía exactamente igual.

Llegó la noche y era especialmente calurosa. Mi padre rara vez encendía el clima, pues siempre argumentaba que gastaba mucha luz, pero el calor de esa noche hizo que no le quedara otra alternativa, debíamos estar a más de treinta y cinco grados. Lo encendió y en pocos minutos el frío se adueñó de nosotros y de la habitación. Como en mi cuarto no había clima, esa noche dormí en la recámara de mis padres,

en el suelo. Al instante, caímos dormidos y, horas más tarde, nos moríamos de frío. Si al principio estábamos a más de treinta y cinco grados, en ese momento estaríamos como a cinco o cuatro.

En algún punto de la noche, escuché los pasos de mi padre, apagó el clima y regresó a dormir. Aunque estuviera dormido, siempre había sido muy sensible a los ruidos, por lo tanto, lo siguiente que ocurrió hizo que mi corazón comenzara a latir con furia. Una ventisca helada recorrió como cuchillos mi espalda baja, mi corazón parecía un tambor y mis piernas comenzaron a temblar. Mis padres estaban dormidos, lo sabía, estaba seguro. Traté de mantener la calma y no abrir los ojos. El silencio y la oscuridad eran absolutos. Podía escuchar el latido desbocado de mi corazón. No tenía hermanos o hermanas, ¿así que quién me estaba tocando el hombro?

¡No debía abrir los ojos, no debía abrir los ojos! Al instante toda esa leyenda pasó por mi cabeza y, en lugar de parecer sospechosamente asustado, continué con los ojos cerrados, fingiendo dormir. Me cubrí el cuerpo entero con la sabana, el cuarto estaba muy frío, así que creo que no se vio tan sospechoso.

¡Esto era! ¡Finalmente había pasado, pero ya estaba tan aterrado que no quería ni ver! Posiblemente algo fuera de lo común, algo totalmente alejado de la lógica y la razón, a millones de kilómetros de la monotonía, estaba en ese momento parado frente a mí, tocándome el hombro, intentando despertarme. ¡Era increíble! Y, a la vez, ¡me aterraba! ¡Yo tenía razón, existían cosas increíbles en este mundo que no podrían ser explicadas por medios tradicionales!

Lo único malo de eso era que jamás podría probarlo. Quizás había sido sólo un sueño. La leyenda me asustó tanto, que inconscientemente estaba soñando con ella. Decidí poner a prueba esa hipótesis. Sin hacer movimientos bruscos que delataran que en realidad estaba despierto, moví mi pie izquierdo bajo la cama y me pinché con un clavo suelto que

tenía. El dolor no era la gran cosa, pero sí lo sentí, no era un sueño, ¡era real!

Lo que sea que estuviera fuera de las cobijas comenzó a impacientarse y me movió el hombro más rápido y más fuerte. Oficialmente estaba muerto del miedo. Abrí lentamente mis ojos, con la sábana aún cubriéndome toda la cabeza y el rostro. La puerta de mi habitación estaba abierta y una luz estaba encendida, parpadeando cada varios segundos. ¡Era mi computadora!

Un horrible olor me invadió y por poco me levanté corriendo al baño para vomitar, pero lo resistí. Recordé su aliento que olía a muerte. Finalmente, y no sé como, caí en un sueño profundo.

Abrí los ojos lentamente, era de día. ¡Me había salvado, y al mismo tiempo comprobé que en este mundo había cientos de misterios sin resolver! Ya no tenía miedo. Me enfrenté a esa leyenda y a esa vieja bruja y los había derrotado, peleé contra el miedo de esa noche y me mantuve firme.

Era sábado, mi padre me habló seriamente en cuanto me vio levantado. Me había regañado por andar usando la computadora a altas horas de la noche y, lo que era peor, dejarla prendida. Me preguntó qué estaba haciendo y yo no supe qué responder, así que me encogí de hombros y acepté el regaño, pues no tenía argumentos lógicos para debatirlo.

Me entregó una hoja de máquina y me dijo que estaba tirada en el suelo frente a la impresora. La tomé, y en grandes letras negras leí su contenido:

SABÍA QUE ESTABAS DESPIERTO.

El guerrero innato

Juan Manuel Noriega

Abriéndose paso entre los crecidos arbustos y animalejos rastreros, Tzilacatzin se adentraba junto a sus amigos de la infancia, Tzoyectzin y Temoctzin, en lo más recóndito de la selva. Explorar los adentros de la espesura selvática era una aventura más para ellos, pero quien más disfrutaba hacerlo era Tzilacatzin, ya que allí demostraba la gran fuerza de su brazo derecho al derribar ciertas aves y animales que se les atravesaban en su camino. Esto lo hacía gracias a una honda que, cada que recordaba su origen, lo transportaba a aquel momento.

Sucedió mientras realizaba una exploración en la selva, cuando, después de transcurridas un par de horas, le dio hambre y comió una planta sin saber que contenía sustancias tóxicas, ésta le hizo perder el conocimiento. Al momento de recobrarlo, se encontró a su lado a una joven desconocida, quien le había suministrado una poción que en cuestión de segundos había logrado despertarlo. Ella, además, presagió el futuro de su vida, diciéndole que se convertiría en un gran guerrero, y le dio un arma, su honda, la que, en vez de correas, tenía trenzas hiladas de tendones de venado reforzadas con oro, y cuyo receptáculo podía expandirse dependiendo del tamaño del objeto a expulsar.

—Tzilacatzin, Tzilacatzin, mira, aquel mono se está burlando de ti. Demuestra tu puntería. —Le señaló Temoctzin. Entonces tomó su honda y, al mismo tiempo que se preparaba para expulsar la piedra, lo interrumpió el ruido de una muchedumbre que cada vez más se aproximaba

hacia ellos. Los tres amigos, lejos de esconderse, se enfilaron e hicieron frente al ejército de indios que rápidamente los rodearon. Al acercarse, el capitán del ejército los reconoció y los invitó a unirse a pelear en contra de los españoles. En ese momento, Tzilacatzin recordó a aquella joven que le anunció que, llegada su juventud, se convertiría en un gran guerrero.

Inmediatamente él y sus dos amigos se unieron, y marcharon rumbo al palacio del gran Motecuhzomatzin, donde se encontraban los españoles y sus aliados tlaxcaltecas. Al llegar al sitio, centenares de indios comenzaron a combatir. Por momentos el cielo se oscurecía debido a las miles de flechas que eran lanzadas de diferentes lugares y que, al caer, perforaban numerosas carnes indígenas. Mientras tanto, el joven guerrero, con una mirada enfurecida, derribaba a una docena de indios cada que utilizaba el arma, manejándola con magnanimidad y ferocidad, imponiendo así temor con su presencia.

Al pasar las horas de duro combate, Tzilacatzin se acercó al palacio del monarca indígena y a su paso encontró a sus dos amigos: uno cubierto de flechas y sin vida, el otro, a pesar de sus múltiples heridas, aún respirando, le dijo:

—Tzilacatzin, venga nuestra sangre, derrota a los enemigos.

En ese momento, al presenciar el aliento de la muerte de su amigo, comenzó a utilizar su honda con una velocidad y puntería que bastaba un solo proyectil para derribar a varios tlaxcaltecas y españoles. Poseído por la furia y la venganza, perdió la noción del tiempo, pero sobre todo desconoció quiénes eran los enemigos al comenzar a derribar a todo el que se le ponía enfrente. Con una mano sujetaba su escudo que lo protegía de las flechas, mientras que con la otra sostenía esa arma que lo hacía tan poderoso.

Por instantes dejó de escuchar el griterío y recordó aquellos momentos en los cuales creció en medio de aquella vegetación exuberante junto a sus dos mejores amigos, Tzoyectzin y Temoctzin, con quienes compartió numerosas

aventuras.

Recordar esos episodios lo hizo cerrar los ojos y encorvarse, para después lanzar ese proyectil cargado de ira, de venganza, que se desvió hacia lo alto del palacio. Arrojó con tanta fuerza, que la honda se le escapó de su mano. Al instante, una daga le atravesó el pecho. Al levantar la mirada observó que alguien caía de lo alto del palacio. Tzilacatzin supo que había demostrado ser un guerrero innato al derrotar a un principal. Una sonrisa se dibujó en su rostro y, al mismo tiempo, un hilillo de sangre salió de su boca.

Vota con tu cartera: La feria del libro del TEC ensimismada

Ricardo García

Votar con la cartera —nos dice el liberalismo— es la mejor manera de ejercer la democracia directa, prescindiendo de la burocracia corrupta y de cualquier otro intermediario superfluo. Pero, ¿qué papel podemos tener en las relaciones de mercado cuando ni siquiera nos consideran clientes potenciales?

“No necesitamos más clientes que no puedan costear un boleto, mucho menos un libro”, la feria del libro del TEC lo ha dejado bien claro. Debemos PROBAR que somos posibles compradores-lectores, costeadando el boleto de entrada, registrándonos en su sitio de Internet o escamoteando algún pase gratis o alguna promoción.

La dignidad me aburre

Cuanto más alto sea el precio, menos demandarán los consumidores. La feria del libro del TEC ha superado la fase de acumulación de audiencias locales y se concentra ahora en “sanear” su imagen para el ojo internacional. Cerraron cualquier expectativa del público —por mínima que fuera— de una labor de difusión popular real.

Reacción independiente

Tenemos al naciente bloque de editores independientes que se caracteriza por su silencio ante la política claramente excluyente de la feria, cuyas consecuencias no podrían ser más que negativas para ellos durante esta etapa en la que apenas si inician a construirse un público. El camino que siguen los llevará a homologar sus audiencias con las de las grandes multinacionales contra las que, como bien sabemos,

no pueden competir porque el mercado está saturado para el sector clasemediero regiomontano, como lo evidencia el cobro a la entrada de la feria del TEC.

¿Cerramos los stands en señal de protesta como lo hicieron los cooperativistas Editores de la Furia el año pasado en Chile? Muy arriesgado. No vaya a asemejarse esta Nuestra Feria a una feria cualquiera de Oaxaca o Guerrero.

Sólo nos queda votar con nuestras carteras depositando billetes de menos veinte pesos en las urnas de la feria a ver si se inundan en deudas. No hay consumo ético en el capitalismo.

No seas mi amigo

Carlos Cortés

No seas mi amigo,
soy un hombre de largas ausencias.
De vez en cuando busco irme,
dejar de hablarle a todos,
y no sólo quiero: lo hago.

Y ahí voy yo, a lo lejos,
balanceando ausencias,
pensando
en qué hacer con la vida,
con las palabras éstas
que vuelan como mosquitos
alrededor mío.

Buscan
convertir la sangre en vino
para después dármele de beber,
pero no quiero alcoholizarme;
quiero irme sobrio a la fiesta,
que me llamen aburrido,
seducir a alguien sobrio
sin la necesidad de hacer trampas.

No seas mi amigo,
soy demasiado leal
aunque a veces no esté.

Pero en algún lado estoy,
aunque no te hable,
aunque no te procure,
aunque no me sientas,
aunque no me recuerdes:
estoy en alguna hoja de papel,
en algún parque, tal vez
metido en un corazón ajeno,
o en medio de unas piernas
buscando la esencia del poema.

A veces no la encuentro
—que es casi nunca—
pero vale la pena la búsqueda,
uno conoce grandes amigos,
vive cosas maravillosas
en este buscar de significados
llamado vida.

Si quieres ser mi amigo,
ahí te encargo.

A single tear

Enrique de Jesús Bárcenas Lozano

Blow out the candle that shines in the deepest corner of
beyond those nightmares which I can't control. [my soul
Thoughts and dreams, whispers and screams
living in darkness, we all fall asleep.

Go away, escape from this lonely room
you don't have to feel the way I do.

And now there's nothing left to feel,
the end of light was my biggest fear.

You won't hear me screaming in the dark,
nor the last beats of my heart.
I realized I was so afraid, but now you're so far away.
There's no one to blame but me.

Not today, those pretty words I said to you
are burning now, I'm all that flames will consume.

Oh, but you don't have to care about it,
I'm dead and there's no place for doubt.

I know that nothing can bring you back,
my sunny days will all turn black.
I realized why you couldn't stay, all my promises started
Never thought to fall so deep. [to fade.

You were all my desire,
but, how could you trust in a liar?

I promise you I won't cry a single tear
as insignificant like me.

(martes 11 de febrero, 2014)

(Sin título)

Enrique de Jesús Bárcenas Lozano

No me digas que me amas,
no suspires a mi oído.
Encenderás en mí una llama
que me incita fácilmente a lo prohibido.

Entre silencios y los disparos de nuestras pupilas
caímos en el sueño que mutuamente tuvimos.
Y ahora todas esas ilusiones que tenía en mi mochila,
las riego en el suelo en el que anduvimos.

¿Qué fue lo que realmente nos hizo caer en este bello
[delirio?

Nos hace descansar y olvidarnos por completo del peligro.
Sabiendo que el verdadero pecado viene del alma y no de
[un libro,
no tengo miedo de retar al destino y estar a punto de perder
[el equilibrio.

Pues todos bajo el mismo cielo somos juzgados
y bajo la misma tierra somos sepultados.
No puedo arrepentirme de lo que ocurrió entre los estrechos
[muros,
pues sólo cumplimos nuestros deseos más apasionados y
[oscuros.

El sabor de cada gota
y cada soplido de tu dulce veneno,

robando la vida de alguien tan ajeno
sintiendo, finalmente, como mi alma flota.

Bendito y maldito sea aquel día
cuando supe que pronto te conocería,
¿quién lo sabría?, ¿quién lo diría?
que en el mismo camino contigo me encontraría.

Algo me atrae y me aleja de ti,
no puedo sentirme débil cuando contigo estoy feliz.
Y ahora henos aquí, deseando y muriendo por sobrevivir.
Un deseo tan inesperado,
un anhelo tan descontrolado.

No planeo nada, me rindo ante cualquier cambio, y así
[permaneceré...
y que sea maldecido por perderme en tus labios.

(viernes 20 de septiembre, 2013)

La hormiguita y el ratón

Leticia Oyervides Rodríguez

Una vez una hormiguita
un centavo se encontró,
se compró su listón rojo
y en la puerta se sentó.

Pasó el toro y el conejo
y el gallito cantador.
A ninguno le hizo caso
hasta que el ratón pasó.

Ratón Pérez se llamaba,
ése sí que le gustó.
En el acto se casaron
la hormiguita y el ratón.

Y vivieron muy felices
hasta que el ratón se ahogó
en la olla de frijoles
por travieso y por glotónnnnn.

El sol herido
arrea sus borregos:
¡viene la luna!

Ricardo García

La luna está
cuidándonos aquí
bajo la sombra.

Zulema Gallardo

Mi mundo eterno,
si no existieras tú,
no te amaría.

Cindy Paloma García

Todo es hermoso
si estoy contigo amor,
juntos los dos.

Brenda Martínez

Llegas más rápido,
mi corazón latía
y todo es bueno.

Brenda Arredondo

El carro verde
corre por un premio
y ganaría.

Brenda Arredondo

El dinosaurio
corre por la montaña
hacia la escuela.

Zulema Gallardo
Cindy Paloma García
Brenda Martínez
y Brenda Arredondo

En el zapato
el calcetín no nada
como en el charco.

Ana María Luna

La luna escapa,
durante la tormenta,
de sus mejillas.

Ana María Luna

Granos de blanco,
¿será que eligen libres
caer del cielo?

Ana María Luna

NOTAS

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

Sí soy independiente

